

XXXII Concurso de Cuentos "Villa de Mazarrón"
- Antonio Segado del Olmo -
2016

ASESINATO
MONTSERRAT ESPINAR RUIZ

PREMIO

El 15 de Julio de 2016,
el jurado del Concurso de Cuentos
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,
compuesto por Andrés Trapiello, Ignacio Martín
Lerma, Mari Ángeles Rodríguez Alonso, Fernando
Fernández Villa, José Cantabella Miras y José María
López Ballesta, otorgaron el Premio de la trigésima
segunda edición al cuento titulado Asesinato, de
Montserrat Espinar Ruiz.

Montserrat Espinar Ruiz, nace en Valencia el
8 de abril de 1980. Actualmente reside en Sedaví, un
pueblo también de Valencia. Técnico Superior en
Administración y Finanzas, vive la escritura como una
pulsión, como una necesidad de resucitar vidas,
historias de mujeres y hombres que la inclemencia
del tiempo pretende silenciar.

Algunos de los premios ganados en los últimos dos
años.

“El casamiento” en el X Certamen Literario Dulce
Chacón. Santa Cruz de Moya. Cuenca.

“Secretos” en la XXI Edición Concurso de Relato Corto
“Juan Martín Sauras”.

“¿A quién le importa?” en el VI Premio de Relato Corto
“Villa de Mascaraque” Toledo.

“Felicidad” en el IX Certamen Literario “Fundación
Villa de Pedraza” Segovia.

“Hortensia” en el XIV Certamen de Narrativa Breve
“Mujeres Mayores, Grandes Mujeres” Valencia

“Emigrantes del recuerdo” en el Certamen Literario
Casa de la dona. Mislata.

“La semilla de la palabra” en el Certamen Literario
Sebastiana Palacios.

Y otros muchos más.

ASESINATO

Manuel desenfundó el arma y disparó. Allí quedó el joven tendido , boca arriba, con los ojos entreabiertos y una ligera sonrisa en los labios. La muerte le sobrevino cuando había recuperado la ilusión, cuando había descubierto el placer que ofrece la risa, cuando había acariciado el amor más esperado.

La casa de mi hermano era grande, pero el disparo fue capaz de llegar a cada rincón, el proyectil ondeó el macabro reclamo de su presencia , como si antes de perforar el cuerpo de aquel pobre hombre se hubiera parado en el aire recogido en un trágico rechinar . Todos los empleados acudieron al señuelo. Lo supe porque un trotar de zapatos recorrió la escalera principal , hasta llegar al dormitorio. Yo estaba leyendo en la biblioteca y, durante unos segundos, contuve la respiración . Fue una parálisis involuntaria, como si conteniendo mi fluir natural , también fuera capaz de detener lo sucedido; sí, aquel disparo me llenó de miedo y no supe reaccionar . Aparté el libro en una esquina de la mesa, dejé las gafas encima y acudí tras las voces y los gritos. Caminé como deambulando por una casa que conocía a la perfección ; caminé como descubriendo con recelo cada estancia por la que pasaba ; caminé y llegué. Contemplé la escena desde el quicio de la puerta . El servicio se agolpaba arremolinado , las mujeres gritaban espantadas y mi hermano temblaba sin ser capaz de dejar la pistola en ningún lugar. Dolores, mi cuñada, lloraba con la cara del joven entre sus manos, lloraba y le besaba las mejillas, lloraba y moría junto a él.

Todo comenzó hace dos meses. Dolores siempre fue una mujer melancólica, de ojos almendrados y caídos, como si el peso de una pena estirara de ellos, como si ellos fueran, ya, la propia tristeza . Incluso de joven, cuando se casaron hace más de veinte años. Esa pose taciturna , siempre doliente. Ella era la hija del señor Antonio , el dueño de la imprenta donde trabajaba mi hermano. El señor Antonio, gracias a la imprenta y a innumerables años de trabajo, había acumulado un inmenso patrimonio . Manuel comenzó a trabajar con él desde bien joven, quizá aún no había cumplido los diecisiete años cuando manejaba con destreza las tres máquinas del taller, cuando despuntaba en el innovador arte de la serigrafía, cuando ya había impregnado sobre su piel , el singular aroma a papel y tinta.

Él era diez años mayor que Dolores, pero, siendo sinceros, aquello no fue

más que un apaño. Sí, Dolores estaba cerca de la treintena y la melancolía misteriosa que le había surgido pocos años atrás, espantaba a cualquier hombre que siquiera se plateara una nimia relación con ella. El padre, viendo cómo los años comenzaban a pesar sobre él y cómo los años no propiciaban la continuidad en su imprenta, vio en Manuel el candidato perfecto para su hija, si no tanto para el amor y la ilusión, sí para la persistencia de su negocio, un imperio al que no estaba dispuesto ver en decadencia mientras él tuviera un hálito de vida.

Todo lo organizó el señor Antonio , sin contar con nadie. El primero en recibir la propuesta fue mi hermano y, cuando éste mostró su aprobación , reunió a su esposa y a su hija y comunicó la noticia. Fue eso lo que ocurrió. A Dolores no le preguntó , a Dolores no le dio opción, aquella tarde, el señor Antonio divulgó lo que ya era más que una certeza. Supongo que hubo alguna resistencia por parte de mi cuñada, supongo, porque no conocía de nada a mi hermano y porque su desánimo constante parecía tragarle en una pieza .

Al final se casaron y el padre les regaló una casona cerca de la imprenta y un agradable ascenso . Pasó, por lo tanto, de encargado de sección a subdirector general. Nosotros no teníamos padres y Manuel decidió que me marchara con ellos, a la casona. Al principio sentí algo de rechazo frente a la idea de compartir casa y vida con aquella mujer que, por lo poco que habíamos coincidido, me resultaba indolente y distante; sin embargo, no tuve otra y, haciendo de tripas corazón, fui tras mi hermano, lo único que tenía. La cosa no fue para tanto y al tiempo descubrí una mujer culta y prudente , una mujer sensible y profundamente afectada por algo que guardaba con recelo, por algo real y no por un proceso misteriosamente depresivo que acallaba el escaso interés de sus familiares. Le encantaba leer y, en unos meses , mandó organizar una biblioteca en una de las muchas habitaciones vacías de la casa. Allí comenzamos a coincidir .

Con pose retraída levantaba los ojos del libro y observaba a mi cuñada. Se pasaba horas leyendo. En otras ocasiones, agarraba papel y pluma y en silencio escribía. Era capaz de rellenar folios y folios y yo me preguntaba qué demonios tendría que contar una mujer que no salía de aquella casa. Ni el reciente matrimonio , ni los diferentes esfuerzos de Manuel por complacer a su esposa, fueron capaces de variar en lo más mínimo la angustiada expresión de Dolores, en ningún caso. Dolores admitió y asumió la imposición de su padre y, probablemente , con el tiempo comprobó que Manuel era una buena persona, un hombre tolerante y

un compañero incondicional que estaba dispuesto a corearla en el fatigoso peregrinar en que se había convertido su vida.

No sé los secretos que se confesaron en la intimidad , no sé la complicidad que pudo existir entre ellos, pero lo que sí puedo afirmar es que llegó un momento en que sus miradas se volvieron cómplices, en que el respeto y el cariño inundaron aquella casa en la que siempre fuimos tres. No tuvieron hijos. Manuel , en privado , manifestaba su ilusión por ser padre, aunque jamás atosigó a Dolores, jamás, porque entendía que ella también lo deseaba y cualquier reclamo o presión agudizaría su estado depresivo . Así pasaron los años, veinte años de silencios y rutinas, veinte años de amor y contención, veinte años donde yo compartí ratos de lecturas con mi cuñada y la observé al girar cada página .

Fue, como dije, hace dos meses cuando de forma incomprensible Dolores comenzó a sonreír. Su rutina cambió. Al terminar de comer se retiraba junto a Manuel mientras, con pose de hombre satisfecho, degustaba uno de sus puros cubanos. Ella esperaba con paciencia a que regresara a la imprenta . Era entonces cuando Dolores se acicalaba en el dormitorio y abandonaba la casa. Yo no dije nada, no quería resultar entrometida y callé por respeto a los dos. Pero no sé de qué manera mi hermano comenzó a sospechar. Quizás aquel cambio de semblante, quizás algún comentario del personal de la casa, quizás pura intuición, el caso fue que Manuel pidió a la cocinera que lo mantuviera informado de las entradas y salidas de su esposa.

Yo no participé en aquel espionaje, tampoco me lo pidió. Manuel aguantó semanas hasta que una tarde decidió esperarla en la revuelta de la calle. Caminó tras ella y, por lo visto, comprobó que se encontraba con un hombre. Aquella misma tarde, cuando regresó como si volviera de la imprenta, me llevó hasta el comedor y, entre manotadas al aire y gritos desorbitados, explicó los hechos. Dijo que se abrazaron, que Dolores sonreía y lo tocaba, a cada rato, contenta, satisfecha, como enamorada. Dijo que era más joven que ella y este detalle enervaba aún más la furia que venía cargando. No supe qué decir, no supe calmar los ánimos porque era bien cierto que Dolores, por primera vez, se mostraba contenta, como recibiendo una medicina que nadie acertó a dar. Aquellos días fueron terribles. Yo vivía la tensión de mi hermano con un horror desmesurado, como sobrecogida temiendo un desagradable desenlace.

Una mañana , Dolores apareció en casa con un joven . Al verlos entrar y

atravesar el comedor (entre risas), provocó en mí una irritación imposible. No daba crédito a la osadía de mi cuñada, no entendía cómo era capaz de meter en su casa al amante, entre risas y descaro. Lo sorprendente fue cuando comprobé que me estaban buscando, cuando preguntaron por mí a la cocinera y caminaron hacia la biblioteca. Yo los observaba a través del cristal labrado de la puerta. Cuando entraron no supe qué hacer. Dolores se acercó como ofreciéndome entre sus manos suplicantes la gloria que había encontrado. Me agarró por los hombros y confesó. Una tarde de abril, cuando regresaba a su casa, unos delincuentes la agarraron por detrás, la golpearon y la forzaron, la tomaron con violencia. Golpes, solo sintió golpes y humillación. Desbaratada en su vergüenza, con un dolor hondo, con un roto inagotable arrastró su cuerpo mancillado hasta su casa, con sus padres. Sin embargo, la ofensa y el escarnio se propició dentro de su hogar, cuando descubrieron que la habían preñado y la obligaron a ocultarlo; cuando la forzaron a parir sola en un cuarto evitando así posibles rumores; cuando impusieron el abandono y el inalcanzable olvido.

Ellos olvidaron, claro que olvidaron, porque ellos no se deshicieron más que de una vergüenza, pero Dolores jamás borró el dolor de su cuerpo, Dolores jamás borró su carne multiplicada, Dolores jamás borró el calor de su hijo sobre su pecho. ¿Olvidar?, absurda intención si algún día fue capaz de insinuarse. Dolores lo acercó a mí y lo ofreció para que lo besara. Lo besé, lo besé y lo abracé, y compartí la inmensa alegría que entregaba, desconocida para todos. Mañana se lo explicaré a Manuel, mañana vendrá mi hijo y le diré quién es, mañana no habrá misterios, mañana no habrá misterios...

Dolores no quería secretos. Entendía lo comprometido de los hechos y necesitaba fuerzas y prudencia, necesitaba cuidado y acierto en las palabras. Aquella tarde lo tenía claro, aquella tarde había perfilado cada argumento, cada letra para ofrecérselas al día siguiente a Manuel.

Ahora estaba yo mirando desde el quicio de la puerta. Nadie pudo evitar lo ocurrido, nadie se imaginó aquel desenlace. Dolores pedía una ambulancia a gritos y Manuel temblaba poseído en un cuerpo que pronto empezaría a rechazar. El muchacho ya no respiraba, pero la madre no se resignaba a perder lo que aún estaba encontrando. La escena era a cada minuto la misma: una mujer extasiada, un hombre convulso y un hijo muerto.

Cuando se oyó la sirena de la policía y la ambulancia, el personal de la

casa abandonó la habitación. Fue entonces cuando entré y abracé a mi cuñada. Ella no quería consuelos inventados, porque cualquier cosa que le hubiéramos ofrecido en aquel dramático momento, hubiera sido eso, un parche inservible. Me acerqué a mi hermano y le quité el arma. La dejé sobre la mesilla y salí del dormitorio. Al rato vi cómo bajaban el cadáver cubierto con una sábana y cómo se llevaban a Manuel esposado .

¿Quién demonios organiza las historias de nuestras vidas? ¿Qué macabro ser agarró a Dolores y a estirones le agachó la mirada? ¿Qué suerte provoca un abandono temprano y una muerte a los veinticuatro años?

Al día siguiente encontré a Dolores muerta sobre su cama. Había ingerido Dios sabe qué cantidad de sedantes y yacía en el mismo lugar donde su hijo había perdido la vida pocas horas antes. Le cerré los ojos y me despedí de ella, maldiciendo, por lo bajo, la mala suerte que tienen algunos.

Continúo en la casa. Continúo habitando el regalo que unos tiranos entregaron a Manuel. No he vuelto a entrar en el dormitorio principal y poco a poco me he ido encarcelando hasta quedar prisionera en la biblioteca , el único lugar de la casa que me miente ofreciéndome otras vidas. A veces me sorprende a mí misma volteando las hojas y levantando la mirada en busca de Dolores, hasta que por fin he determinado respetar su muerte: la única decisión que se le permitió tomar .

